

“Empapados de Evangelio”

La inclusión social de los pobres en mi experiencia de Pastoral Social

Laura Vargas*

Resumen:

La experiencia recoge el importante camino y trabajo de la Comisión Episcopal de Acción Social del Perú y presenta como el reciente magisterio pontificio ha tocado la acción evangelizadora de este organismo eclesial. Efectivamente, el magisterio del Papa Francisco ha logrado inquietar la forma como nos comprometemos con el tema de lo social, que no es otra cosa sino la voz del Evangelio que reclama por el cuidado de la creación y por una fraternidad que exprese auténticamente la comunidad cristiana donde todos somos incluidos.

Palabras clave: Magisterio Pontificio; Pastoral social, Acción evangelizadora. Comisión Episcopal de Acción Social (CEAS).

* Laura Vargas. Licenciada en Educación con especialidad en Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es secretaria del área de Pastoral Social de la Conferencia Episcopal Peruana; Miembro del equipo de apoyo de Pastoral de Derechos Humanos del Área de Justicia y Solidaridad del CELAM y también miembro del capítulo peruano de Religiones por la paz. Correo electrónico: laurav_1@hotmail.com.



“Saturated by the gospel”

Social inclusion of the poor in my experience of social Pastoral Activity

Summary:

This pastoral experience reflects the important path and significant activity of the Episcopal commission of Social Action of Peru while also demonstrating how the recent pontifical Magisterium has affected the evangelizing activity of this ecclesial organism. Indeed, the magisterium of Pope Francis has managed to awaken us to the way we commit ourselves to major social issues, which is precisely the voice of the Gospel that calls for the care of creation and a fraternity that authentically expresses the Christian community where we are all included.

Key words: Pontifical Magisterium; Social Pastoral Activity, evangelizing action. Episcopal Social Action Commission (CEAS).



El título de esta reflexión, quedó gravado en mí corazón y recoge el trabajo de grupos del último Encuentro Pastoral del Vicariato Apostólico de Puerto Maldonado Perú. Allí, trabajando *Laudato Si'* como preparación para la visita del Papa Francisco, uno de los agentes pastorales de la Pastoral Rural del Vicariato nos resumió con esas palabras cómo debíamos trabajar en la pastoral social: “Debemos estar ‘empapados de Evangelio’”. De una manera muy gráfica y hermosa, este hermano nuestro afirmaba qué para hacer trabajo pastoral, nuestra vida debe estar penetrada, desafiada, impulsada, atravesada por la experiencia vital del encuentro con Jesús. Recordemos que nuestra fe cristiana no es una teoría, una filosofía o una moral sino un encuentro con una persona que me ama, que ha dado su vida por mí y que me ha invitado a seguirlo. Esa persona es el Señor Jesús que a todos sus seguidores nos ha dicho que en la tarea evangelizadora no estamos solos, pues “Él estará con nosotros siempre, hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). Benedicto XVI en su primera Encíclica nos decía:

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (DCE 1).

Vivir el Evangelio no es experiencia intimista ni espiritualista, sino experiencia vital que me saca del ensimismamiento egoísta y me abre a los hermanos. Por ello San Juan Pablo II enseñaba que “se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad,



ni con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo (NMI 51). La apertura al “otro”, quien quiera que sea, me impulsa al encuentro con los hermanos y hermanas, para el servicio generoso frente a tantas necesidades, para luchar por transformar las situaciones que deshumanizan y producen sufrimiento. Es también experiencia de empoderar a los más pobres, para que puedan expresar sus problemas y juntos buscar soluciones que los dignifiquen. La inclusión social de los más pobres es un desafío permanente para nuestra Iglesia. Los pobres no necesitan limosna; necesitan reconocimiento y dignificación. Además, hay que decirlo con fuerza, los pobres no pueden seguir esperando, pues lo que ellos se juegan es su propia vida.

Cuando el Papa Francisco nos dice que sueña con una opción evangelizadora “capaz de transformarlo todo”, nos está pidiendo a cada creyente “pasión evangelizadora”. No se puede evangelizar sin pasión, pues es acción que nos compromete con todo lo que somos y tenemos. El Evangelio siempre va a iluminar la realidad y va a sacar a la luz las situaciones o realidades que están reñidas o de espaldas al proyecto de Dios. Es en esas situaciones que debemos actuar con la luz y la fuerza que vienen del Evangelio. Para la Jornada Mundial de los Pobres de este año, el Papa nos recuerda que Dios siempre escucha: “el pobre gritó y Dios lo escuchó” (Sl 34,7). Nos pregunta: Si Dios puede escuchar el clamor del pobre, qué pasa con nosotros que no somos capaces de escuchar ese grito que llega al cielo.

“El anuncio del Evangelio tiene un contenido ineludiblemente social” (EG 177). En el corazón de este anuncio está el amor, que nunca nos encierra en una auto-referencialidad infecunda, sino que nos abre a los hermanos y hermanas. Dice que en especial son quienes por su fragilidad o pobreza necesitan de nuestra cercanía afectiva y de un servicio generoso que los dignifique como seres humanos, hijos e hijas amados de Dios. Es el Padre bueno “que hace llover sobre justos e injustos” (Mt 5,45).

La Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, hermoso documento programático del Santo Padre Francisco, plantea con mucha

claridad que “de nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad” (EG 186). Vivimos en sociedades que nos deshumanizan, porque han trastocado valores y principios. En Santa Cruz de la Sierra Bolivia el Santo Padre les preguntaba a los Movimientos populares:

Si somos capaces de reconocer que estas realidades destructoras responden a un sistema que se ha hecho global, ¿reconocemos que este sistema ha impuesto la lógica de las ganancias a cualquier costo sin pensar en la exclusión social o la destrucción de la naturaleza? Si es así, insisto, digámoslo sin miedo: Queremos un cambio, un cambio real, un cambio de estructuras. Este sistema ya no se aguanta, no lo aguantan los campesinos, no lo aguantan los trabajadores, no lo aguantan las comunidades, no lo aguantan los Pueblos... Y tampoco lo aguanta la Tierra, la hermana Madre Tierra, como decía San Francisco (Discurso a los Movimientos Populares, Santa Cruz de la Sierra, 10 de julio 2015).

Desde hace 50 años, Paulo VI denunció que la lógica de desarrollo en la que vivíamos había expulsado de su centro a los seres humanos. En su lugar había colocado al mercado, cuya mano invisible lo maneja todo, sin corazón y sin misericordia. Eso produce situaciones de profundo sufrimiento, que generan muerte y violencia, lo que ahora llamamos la “cultura del descarte”. Ante estas situaciones no podemos quedar indiferentes. “Hoy tenemos que decir “no a una economía de la exclusión y la inequidad”. “Esa economía mata” (EG 53). La Iglesia, que es madre de corazón generoso y qué por ser madre, ama a todos sus hijos e hijas, sigue insistiendo que el verdadero desarrollo: Es el “paso para cada uno y para todos de condiciones de vida menos humanas a condiciones de vida más humanas (PP 20). Si esto no se da en el actual modelo, algo está funcionando muy mal. Por eso la denuncia es tan clara y precisa: “Digámoslo sin miedo: Queremos un cambio, un cambio real, un cambio de estructuras” (Santa Cruz de la Sierra, Discurso a los Movimientos Populares 10 de julio 2015).



Lo humano es medular en el cristianismo, y en su cuidado se juega nuestra identidad cristiana. Somos discípulos misioneros invitados a tener “los mismos sentimientos de Cristo Jesús, quien, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres”. Esto nos enseña de manera muy hermosa y profunda la carta a los Filipenses de San Pablo (2, 6-7). Posteriormente la Carta a los Hebreos dirá que Jesús es “en todo igual que nosotros, excluido el pecado” (4,15), es decir plenamente humano. Es un Dios que se ha jugado por nuestra humanidad, y qué en Jesús la asume plenamente. Por ello el Señor Jesús defenderá siempre a los pobres de todas las instituciones, que en su época los agredían, como podía ser el templo, la ley o la familia patriarcal. Desde nuestro compromiso de que nuestros hermanos y hermanas pobres y vulnerables tengan vida y vida abundante, (Jn 10, 10) quisiera presentar algunas experiencias de inclusión social de los y las pobres que han concretizado mi experiencia de servicio en el trabajo de la Comisión Episcopal de Acción Social de Perú.

REPASANDO ALGUNOS MOMENTOS EN LA HISTORIA DE CEAS

La CEAS tiene 53 años de vida. Nace en el gran marco del Concilio y en específico de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo moderno. Nos sentimos y nos sabemos hijos e hijas de nuestra Iglesia, y esa convicción moldea nuestra identidad. El respeto y el cuidado de lo humano, en especial si es frágil, débil o insignificante, nos ha convocado siempre para optar por lo pobres y responder a su clamor por la vida, la justicia y la dignidad. Somos hijos e hijas de la Iglesia conciliar para quien “nada verdaderamente humano es ajeno a su corazón” (GS 1). Pero aún más, en específico, creemos que lo que nos ha marcado el camino de servicio y solidaridad con nuestros hermanos y hermanas más pobres es la Conferencia de Medellín, cuyo Jubileo estamos celebrando. Medellín es la concreción del Concilio vivido en América Latina y que completa el sueño del Papa Juan, “ser la Iglesia de todos, pero en especial la Iglesia de los pobres” (Palabras pronunciadas por el Papa Juan un mes antes del inicio del Concilio).

LA DOCTRINA SOCIAL, INSTRUMENTO PARA EL COMPROMISO SOCIAL

El Evangelio tiene implicancias sociales ineludibles que van a urgir a los creyentes a un compromiso para transformar realidades que están reñidas con las enseñanzas de Jesús en el Evangelio. Nos ayuda en esta tarea la Doctrina Social de la Iglesia, que es para nosotros, en palabras de Peter Henriot, SJ "un tesoro de sabiduría social" que se ha ido construyendo desde hace más de 100 años. Por esta razón, una de nuestras tareas prioritarias ha sido la difusión y popularización de la Doctrina o Enseñanza Social, maravilloso instrumento para transformar la realidad y hacer creíble el mensaje cristiano. Entendemos que llamarla "Doctrina" antes que "enseñanza", le da una mayor fuerza y carácter, pues una doctrina tiene efecto mandatorio en la vida de la gente. De eso se trata, que la Doctrina Social, como cuerpo sistemático de criterios, principios y normas de acción ayuden a superar la división entre la fe y la vida.

Ya el Concilio Vaticano II (1962-1965) hace más de 50 años nos advertía que el mayor problema de nuestro tiempo para los católicos era el divorcio creciente entre la fe que se profesa y la vida cotidiana: *El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época* (Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 43). Por su parte Paulo VI recoge con suma claridad en la Exhortación Apostólica post sinodal *Evangelii nuntiandi* de 1969 la imperiosa necesidad de que la fuerza del Evangelio transforme la realidad:

Para la Iglesia... se trata... de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación (19).

La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre. Precisamente por esto la evangelización



lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado, sobre los derechos y deberes de toda persona humana, sobre la vida familiar sin la cual apenas es posible el progreso personal, sobre la vida comunitaria de la sociedad, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo; un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación (29).

La Doctrina Social, por lo tanto, es un instrumento fundamental para superar la brecha entre fe y vida que tanto daño hace en la Iglesia y a la vida de nuestro pueblo. En especial, se agrava en un país como el Perú, que reconoce la raigambre cristiana católica en su formación histórica y que, sin embargo, no influye ni transforma la práctica cotidiana de la economía, de la política, de lo social o cultural. En este marco, me pregunto, si en CEAS hemos logrado algunos procesos de inclusión social, y me animo a decir que sí, se hizo mucho, se salvaron vidas, se protegieron a los más débiles, se despertó y fortaleció la consciencia, se incidió con el Estado y organismos internacionales, se articularon en redes sociales, se creó el espacio interreligioso y se contribuyó a organizar la pastoral de Derechos Humanos del CELAM, además del enfoque de economía solidaria en la lógica económica.

A lo largo de los casi 30 años que trabajo en la CEAS, he sido testigo de que la Doctrina Social de la Iglesia nos ha ayudado a tener una aproximación integral a las problemáticas sociales que hemos ido enfrentando. Al mismo tiempo hemos podido desarrollar relaciones de amistad y calor humano que hace la gran diferencia cuando se trabajan temas sociales. Además, nos ayuda a entrar en lo social desde la experiencia orante, pues “si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles” (Sl 127, 1). Ahora me gustaría hacer memoria de algunos momentos claves de esta inclusión social de los pobres.

1. Acompañamiento de personas afectadas por la violencia

Perú vivió los últimos 20 años del siglo pasado la tragedia de la violencia política por el terrorismo y la lucha contra subversiva

por parte del Estado. El dolor y sufrimiento de la inmensa mayoría de las víctimas, (se habla de casi 70 mil víctimas fatales) y sus familiares y amigos es difícil de sopesar y hasta ahora no se ha podido asumir un verdadero proceso de justicia, paz y reconciliación, pese al significativo y buen Informe final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, de agosto del 2003. Hay algunos avances importantes, pero lo medular no se ha logrado. Es todavía una herida abierta. La Iglesia, desde CEAS y otros espacios como las vicarías de la solidaridad, con diversos nombres, y la vida religiosa, jugaron un papel muy importante de acoger, escuchar, defender, denunciar, organizar y movilizar a la población afectada. Mucho se hizo y todavía queda mucho por hacer. Quisiera destacar aquí la “Red de Mujeres Constructoras de Paz”. Este es un espacio que acompañamos por más de 20 años. Todas tienen en común el ser afectadas por la violencia política que vivieron de diversas formas, y haber vivido un largo proceso de empoderamiento y liderazgo. Hoy su voz se escucha, y participan activamente en las redes de afectados, en la Coordinadora de Derechos Humanos, en el cuidado del monumento central de las víctimas que llamamos “el ojo que llora”. Allí año a año se hace memoria de lo vivido, para que “nunca más se vaya a repetir”. Más aún, han tejido lazos de fraternidad tan bonitos que cuando una de las compañeras está en problemas o se enferma, el grupo se organiza para estar cerca y apoyar en todo lo necesario para atenuar el sufrimiento. Todas son mujeres son muy religiosas, aunque no todas son católicas. Sin embargo, la diversidad nunca ha sido un obstáculo para mantener la unidad.

2. Promover liderazgos para el compromiso social

Una de las características de nuestro servicio profesional y humano es el de promover liderazgos entre aquellos que servimos. Siempre decimos que nosotros estamos de paso, pero ellos se quedan y deben asumir sus responsabilidades comunitarias. Acompañamos todo lo posible, pero los líderes comunitarios son ellos. En este momento lo que más nos interesa es, no tanto ser voz de los que no tienen voz, sino que cada dirigente se apropie de su voz y la haga escuchar con fuerza en la búsqueda de sus derechos. Pienso en dos líderes que hoy son dirigentes en sus comunidades



y son ejemplo de compromiso, de respeto y de cuidado de nuestra casa común. La Sra. Victoria Trujillo es una persona bastante mayor, 82 años. Sin embargo, como vive en la ciudad de La Oroya, una de las 10 ciudades más contaminadas del mundo, desde hace unos 15 años, comenzó a limpiar un gran basural, en las afueras de la ciudad. También animó a otros vecinos a acompañarla, y hoy la Comunidad de Villa Sol en Santa Rosa de Saco parece un pedacito de cielo. Está limpia, ordenada, y cuidada por sus habitantes y con árboles propios sembrados con mucho cariño. Es bonito ver el respeto y cariño con que los vecinos la tratan y reconocen en la comunidad.

El otro líder es don Guillermo Jesús, un campesino con tercero de primaria, que crió solo a sus siete hijos y que hoy dirige la Comunidad Cruz de Mayo en la Laguna Parón, en el Parque Nacional Huascarán. Por su honestidad, transparencia y cuidado de los recursos de la comunidad, ha logrado un respeto muy grande de la misma comunidad y de las autoridades locales. Es capaz de decir con mucha sencillez, pero con precisión, lo que piensa y siente, siempre poniendo el bien común en primer lugar. Pienso que son personas como Victoria y Guillermo, que han construido liderazgos desde el servicio humilde y desinteresado, desde el no poder y la solidaridad, las que provocaron la alegría de Jesús y que lo lleva a exclamar: “¡Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla! Si, Padre, esa ha sido tu elección” (Lc 10, 21).

3. El Jubileo del año 2000, tiempo de Gracia y Misericordia para CEAS

Cuando en noviembre de 1994 San Juan Pablo II publica la Carta Apostólica *Tertio Millennio adveniente*, sentimos que el buen Dios nos estaba regalando un tiempo de gracia para lograr cambios significativos. Por primera vez en la historia la Iglesia tenía un programa único: prepararse para la celebración gozosa y agradecida de los dos mil años del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, San Juan Pablo II nos presentó un programa detallado de cómo hacer la preparación cercana a este Gran Jubileo de la Encarnación que

nos ayudó mucho a entender el sentido profundo del tiempo jubilar. Éste fue un momento fuerte para volver a poner todo en las manos de Dios y en CEAS nos metimos de lleno a prepararnos y vivir esta experiencia. Comenzamos sacando la versión popular de la Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente*, que salió al comienzo del año 1995 y que fue asumida por el CELAM, y publicada para todo nuestro continente. Incluso en Paraguay la publicó en castellano y en guaraní, se tradujo al inglés y a partir de esa lengua se tradujo al idioma de samoa, y al chino, los daneses lo pusieron en danés y así, otros más.

Pero más allá de estas publicaciones que cumplieron el rol de ser instrumentos de preparación al Gran Jubileo, CEAS se comprometió con tres grandes problemáticas que afectaban la vida de los más pobres y excluidos y que eran expresión del Jubileo: el perdón de la deuda externa, la liberación o condiciones de vida más humanas para las personas encarceladas y la liberación de nuestra Madre Tierra.

Para el año 1999, año de Dios Padre para vivir la virtud de la Caridad, asumimos el desafío que nos presentaba San Juan Pablo II, que la caridad se expresara en una notable reducción o en la condonación de la deuda externa que pesaba y desangraba nuestros países empobrecidos y endeudados: Jubileo para la liberación de las deudas. CEAS se suma a la Campaña Global "La Vida antes que la Deuda", que fue acogida y valorada en la Santa Sede. El Papa nos invitó a los activistas de la Campaña 100 días antes de iniciar el Jubileo. Logramos que nuestro país recogiera 1'856,000 en tres meses, lo que nos convertía en el país que proporcionalmente había aportado el mayor número de firmas en el mundo. Se recogieron en todas las diócesis del país con el valioso respaldo de toda la Conferencia Episcopal Peruana. Fue un tiempo hermoso para crear conciencia, para organizar a nuestro pueblo, para creer que era posible conseguir la reducción de la deuda externa. De hecho, a partir de la campaña se consiguieron dos fondos de contra valor, uno con Italia y otro con Alemania, para que parte del dinero del pago de deuda hacia esos dos países, se convirtiera en proyectos para apoyar causas de los más pobres. De hecho, el gran proyecto ecológico de la



Arquidiócesis de Huancayo; “El Mantaro Revive”, se ejecutó con fondos de contra valor con Italia.

El siguiente año, el año 2000, lo dedicamos a las personas encarceladas, Jubileo de las prisiones. Realizamos una gran campaña para crear conciencia que en prisión el único derecho que se pierde es la libertad. Además. Los que estábamos fuera deberíamos ayudar en crear y fortalecer la conciencia de que nuestros hermanos y hermanas en prisión no han perdido ni dignidad ni derechos.

El último jubileo que trabajamos fue el de la tierra, el año 2001, dejar descansar la tierra y reconocer sus derechos. Fue una hermosa experiencia pues nos ayudó a recoger dos clamores de nuestros hombres y mujeres del campo: precios justos para los productos del campo y cuidado y respeto por la madre tierra que era contaminada por las industrias extractivas de manera inmisericorde. Esta campaña por la tierra y sus derechos nos ayudó a entrar de lleno en el tema del cuidado de la casa común.

Este trabajo jubilar fue ocasión de articularnos en redes con la sociedad civil. Nos llevó a tocar las puertas del Estado y presentar nuestros requerimientos en favor de diversos colectivos. Más aún, con las siete Semanas Sociales Regionales y la Semana Social Nacional la Iglesia Fue reconocida y valorada como compañera de ruta de las causas de los más pobres. Fue un tiempo hermoso para trabajar por la inclusión social de los pobres.

4. Cuidar nuestra casa común

Ya más cercanos a este tiempo, el pontificado del Papa Francisco desde el inicio nos pidió rehacer nuestra relación con la Madre Tierra, repensar y vivir nuevos paradigmas, que se orienten hacia el cuidado y respeto de la creación. La creación para nosotros es un don de Dios que entraña, cuidado, respeto, agradecimiento y alabanza; en síntesis “una nueva reverencia ante la vida”, como nos pide la Carta de la Tierra, pues la vida fluye e irradia desde todo lo creado. Como creyentes, podemos exclamar con el autor sagrado

“Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor” (Dn 3, 57). Toda la obra de Dios tiene como primera finalidad la alabanza al hacedor de cielos y tierras, y después viene el uso moderado y austero de lo que nos ofrece la hermana Madre Tierra. El problema es que los seres humanos “hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla”. Es por esa lógica de dominio desmesurado y sin límites que la tierra ya no da más. “Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella” (LS 2). En los últimos doscientos años el modelo de desarrollo se ha basado en falacias, como que los bienes de la creación son ilimitados, o que por ser la cúspide de lo creado, los seres humanos tendríamos el derecho a un dominio absoluto e inmisericorde con todo lo creado, sin considerar que toda nuestra vida depende de ellos. “Si alguien observara desde afuera la sociedad planetaria, se asombraría ante semejante comportamiento que a veces parece suicida” (55), pues lo que estamos haciendo es destruir nuestras fuentes de vida.

Laudato si’ se ha convertido en un precioso instrumento para crear o desarrollar la conciencia de que debemos escuchar el grito de la tierra y el grito de los pobres al unísono. En esta nueva conciencia que hemos podido desarrollar hemos comprendido que la tierra que nos sustenta y nos da vida es pobre entre los pobres. De allí que estamos trabajando sin descanso para defender y cuidar nuestra Madre Tierra, la maravillosa Pachamama. *Laudato si’* es para el tema del cuidado de la creación lo que *Rerum novarum* fue para el mundo del trabajo: un punto focal que nos desafía a una nueva espiritualidad y a desarrollar trabajo en redes. Pues el problema es global, urgente y grave, ya que estamos tarde para revertir algunos de los daños más notables como la destrucción de la biodiversidad o el deshielo del Ártico.

Desde CEAS comenzamos con la versión popular y con una serie de actividades de formación, incidencia, trabajo colaborativo para animar a las jurisdicciones a apropiarse de estas hermosas y profundas enseñanzas, pues el tiempo ya es corto y el planeta sigue clamando.



5. Apertura e impulso al trabajo interreligioso

Los pobres nos convocan e impulsan a vivir el Evangelio con radicalidad. Ellos y ellas nos evangelizan y nos muestran cómo seguir avanzando. En el mundo de los pobres encontramos una diversidad muy grande, y es por ello que hemos visto necesario abrirnos al trabajo interreligioso, reconociendo que las diferencias, más que un trabajo es una riqueza.

Acercarnos a la verdad de cada uno, con respeto y afecto, es una experiencia muy enriquecedora que solo es posible desde nuestra propia identidad. De esta manera profundizamos en nuestra propia experiencia de Dios reconociendo que el Misterio de Dios insondable no tiene límites. Debemos estar convencidos que cada uno tiene un tesoro que ha recibido para compartirlo.

Aunque esta experiencia es joven, es fuente de inspiración, enriquecimiento y crecimiento en humanidad para cada uno de los que participamos de ella.

Encontramos valores que muchas veces están ausentes en nuestra sociedad, que privilegia el individualismo, el éxito, y la indiferencia ante el otro, sobre todo si es débil y pobre. Desde el Consejo creemos en el respeto, la acogida y la valoración del “otro”, en especial si es pobre y necesitado. En cada ser humano, quienquiera que éste sea, encontramos la presencia de Dios que sale a nuestro encuentro. “¿Cuando, Señor, te vimos con hambre...?” (*Mt* 25, 37). Es en la común humanidad donde descubrimos lo que somos, y desde donde tendemos el puente al hermano/a.

Nuestra experiencia nos ha permitido profundizar en el sentido de nuestra común humanidad, tan maltratada en estos tiempos de irracional violencia, de desprecio a quién es diferente. Además nos ayuda a descubrir en ella a Dios presente y actuante, con diversos nombres y expresiones: pero sin dejar de ser el Dios “en quien creemos, nos movemos y existimos” (*Hch* 17, 28). Dios en todo y todo en Dios, del que nos habla la eco-teología.

Desde estas pequeñas experiencias nos abrimos a nuevas formas de entendimiento y relación. Hemos perdido el miedo a lo diferente y más bien nos hemos abierto a la posibilidad de construir juntos algo nuevo que nos exprese a todos/as y que aporte a un mundo más humano y a nuevas y renovadas relaciones con los otros, con la naturaleza y con Dios mismo.

Los pobres son el corazón del Evangelio por lo tanto, trabajar por su inclusión social y reconocimiento, es una tarea urgente e impostergable, todos y todas estamos convocados. Nos anima inmensamente la claridad con la que el Santo Padre ha sumido la opción por los pobres, y no hay hermenéutica válida para relativizar algo tan diáfano, el Dios de Jesús, es el Dios de los pobres. “Es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo” (EG 194).